

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 30 ABRIL 1898. NÚM. 18

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

CARTA POLITICA

Sr. D. Emilio Castelar.

Muy señor mío y eminente compatriota: Ningún republicano ha atacado á usted con más dureza ni más constancia que yo. Ni me arrepiento ni me disculpo. Buscaba la República por el camino de la revolución, y usted era el obstáculo más formidable. Quizás sería más justo afirmar que lo éramos aquellos que alardeábamos de revolucionarios.

Los hombres en quienes confiábamos para traer la República en esa forma no han podido, y hoy nos hallamos con la nación arruinada, la integridad de la patria en peligro, y amenazada la libertad, que creíamos asegurada para siempre. Y en tal estado, yo que he trabajado porque llegásemos á realizar un gran movimiento revolucionario que lo trastocase todo; que he luchado por acabar con las fracciones republicanas que reclamaban jefes y con los jefes que mantenían la división; que desde el primer número de EL MOTÍN vengo derribando ermitas para ver si con sus materiales construíamos una catedral magnífica; que he figurado en cuantas coaliciones, uniones y fusiones se han pactado, defendiéndolas mientras no se ha pretendido ponerlas al servicio de persona ó bandería determinadas; yo, señor Castelar, convencido tiempo há de que la senda seguida hasta aquí era de perdición, venía impulsando la opinión hacia usted, á reserva de alejarla y alejarme si los republicanos revolucionarios cumplían con su deber, como lo haría aún si lo cumpliesen. Esto dice que hay mucho de arribada forzosa en esta actitud mía.

Pienso como siempre he pensado, y continuaré defendiendo lo que pienso; pero ante la angustiosa situación de la patria, la perspectiva de la guerra carlista, la falta de cohesión de las fuerzas republicanas, comprendo que no tengo derecho á sostener mis particulares convicciones, y que se me impone el deber de ayudar á todo el que cuente con medios para acabar con los poderes inamovibles é irresponsables. Y contando usted con más que otro alguno, y habiendo yo, en previsión de que este caso llegara, consultado hace 10 meses á los republicanos este punto, y estando ya convencido de que no llegaríamos á una perfecta inteligencia que nos permitiera derribar revolucionariamente el régimen que á tan lamentable estado ha traído á España, siento la necesidad de decirle á usted, en nombre de muchos correligionarios: «Traiganos usted la República salvando así la libertad, y esté seguro de que no la perturbaremos.» Cuando el buque se hunde arrojase al agua todo, hasta el oro.

Por lo que á mí respecta, debo declarar que en este naufragio de tantas cosas sólo he sal-

vado mis convicciones, que encerraré bajo siete llaves hasta que la libertad no corra peligro alguno; y que, mientras tanto, apoyaré á los que la defiendan, con la misma tenacidad que he combatido á los que no supieron mantenerla en el poder ni sacrificaron en el altar de la patria sus emulaciones infecundas y sus antagonismos infundados. Soy lo que siempre fui: republicano revolucionario con sus puntas y ribetes de demagogo. Si se tratara de ir á las barricadas no acudiría á usted, por más que probablemente me equivocaría al dirigirme á otros; pero se trata de salvar la libertad, y ninguno me ofrece las garantías del que en 1873 sacrificó por ella la popularidad más grande que hubo jamás en España.

Me ha obligado á pensar en usted, no sólo el fracaso de todas mis esperanzas de unión republicana, sino el haber repasado periódicos y libros para escribir los folletos *Los crímenes del carlismo*, y advertido que muchos olvidamos que usted fué el único republicano importante que el 73 combatió á los carlistas como liberal, político y hombre de Estado. Y como los carlistas han vuelto á levantar cabeza, y mientras no estén pulverizados no podrá la democracia tener vida, cuente usted con que estaremos desde hoy á su lado los monárquicos que ponen la patria sobre la forma de gobierno y los republicanos que antepone la libertad al triunfo completo é inmediato de nuestros ideales. Su talento, su amor á la democracia y su prestigio en las naciones civilizadas, le inspirarán la manera mejor de salvar la patria con estos elementos.

He desquiciado mucho por conseguir la unión de los republicanos. No lo he conseguido; las divisiones han perdurado, agravándose á cada fracaso. Por esto acudo á usted, rogándole que se ponga al frente de las fuerzas liberales de España, para impedir que pueda tener hoy confirmación esto que usted dijo en la sesión del Congreso de 30 de Julio de 1873:

«Nosotros, generación infortunada que hemos tenido nuestra cuna mecida en el oleaje sangriento de una guerra civil, vamos á tener por otra guerra civil deshonrado nuestro sepulcro.»

Ha sonado la hora de los sacrificios, y no es esta la propia para cantar triunfos ni echar en cara errores, sino para conceder perdones y acumular olvidos. Reclame cada cual para sí los que necesite de los últimos, y piense en que todos hemos incurrido en los primeros, por haber amado mucho la República. De mí diré que quisiera sentir en este instante odio hacia alguien para ahogarlo en mi pecho, ó recordar quién me había ofendido para rogarle que me perdonara el haberle dado ocasión.

Desearía ofrecerle á usted algo más que una voluntad firme. Desgraciadamente para mí sólo eso poseo, y una pluma que, si no puede servirle por lo brillante, procuraré que le ayude por lo enérgica.

Queda á sus órdenes s. s. s. y correligionario q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS

EN APOYO DE ESA CARTA

En estos instantes en que todo se hunde, instituciones, gobernantes, crédito, todo menos la honra y el heroísmo de esta nación infortunada, vuelvo los ojos al único hombre civil que puede salvarnos: Castelar; á la única institución que puede impedir que caigamos en la vergüenza del absolutismo: el Ejército.

He sostenido una labor ruda durante 17 años para traer á la realidad al partido repu-

blicano; me he puesto al lado de los que parecían más dispuestos á hacer la revolución; he predicado ya la coalición, ya la unión, ya la fusión; no he transigido con nada ni con nadie que se opusiera á la inteligencia común; no he retrocedido ante ningún sacrificio por llegar á ella... Aun después de estar plenamente convencido de que nuestras divisiones eran irreductibles, he agotado los medios de que disponía para ver si era yo quien se engañaba... ¡Vano empeño! ¡Lucha estéril!

Y mientras por el camino del comité buscaban algunos republicanos conecjalías, por el de los directorios diputaciones y por el de las asambleas jefaturas, es decir, influencia, consideración, y algunos medro, yo me mantenía apartado, y muchos correligionarios pasaban la vida, nunca desesperanzados, animosos siempre, acudiendo á todos los llamamientos, defendiendo programas petrificados ó incomprendibles, cándidos para creer cuanto les decían, perseguidos, desdeñando posiciones, para caer al fin abrumados por los años y quebrantados por la pobreza, lanzando por toda queja estas palabras: «¡morir sin verla!»

¡Y cuántas veces, en esta labor de años, viéndome venir á tierra cuanto me rodeaba, admirándome de lo inagotable que es la imbecilidad humana, sólo, mal juzgado, cuántas veces, Diógenes de estos tiempos, he ido yo con mi linterna buscando un hombre en el partido republicano, dentro de la tendencia revolucionaria! ¡Y con cuánta desesperación y amargura la he ido apagando sucesivamente, sin dejar por esto de encenderla cada vez que vislumbraba una esperanza nueva, para acabar contentándome ahora, como el griego, con que no me quiten el sol, mejor dicho, con que me lo devuelvan!

¡Y cuántas ilusiones por tierra! ¡Cuántos sueños desvanecidos! Una República traída por la revolución, dura, sangrienta, pero justiciera, sana; un estado de derecho en que todos cupiesen, pero reservando los primeros puestos á los mejores; un gobierno de ilustrados y enérgicos, con voluntad á la altura del entendimiento, sin mezquindades en el sentir ni escrúpulos nimios en el ejecutar; República que después de de derribar lo ruinoso se dedicara á construir lo magnífico; que después de cortar lo gangrenado cicatrizase con solicitud lo vivo... Con esta República soñaba yo, una República así quería, por esa República trabajaré aun sin perturbar al que pueda venir, pero desconfiando ya de llegar á verla... Hasta ahora no he comprendido la alegría mezclada de tristeza que debe sentir el que planta un árbol á cuya sombra no ha de reposar.

Claro que no es esto lo que yo he pretendido, ni á lo que he enderezado todos mis esfuerzos. Mas ¡ay, es dado á tan pocos hombres realizar su ideal completo! Todos los militares sueñan al salir del colegio con ceñir un día la faja; contados lo consiguen, mas no por esto dejan de llevar con legítimo orgullo las insignias del grado que tienen, ni de trabajar por merecer y alcanzar el que soñaron.

Lo repito; sí; yo aspiraba á una República que lo volcase todo, brutalmente justiciera, sin respetos para lo legal injusto, y con hambre de reformas salvadoras. Porque llegara esa República, he combatido sin descanso. Hoy la libertad pelagra, y aceptaré la República que venga, con los hombres que la traigan, sin volver la vista atrás y repitiendo aquello de: «Bienvenido sea el que venga de más lejos.» Una vez establecida, procuraré, en unión de todos los que piensan como yo, impulsarla hacia adelante. Y si ni esto lográsemos, quedaría patentizado que menos aún habríamos servido para traerla y

después consolidarla. En funciones los poderes amovibles y responsables, solamente de nosotros dependerá el matiz de la República. Con sufragio universal, constitución reformable y poderes amovibles, el pueblo que no vaya adelante, será porque no quiera. Y yo creo que el nuestro quiere. Por esta razón no me inquieta el porvenir.

Ha sido necesario que pierda completamente la esperanza en los hombres obligados á traer al República, y que el carlismo amenace acabar con la libertad, para que me haya decidido á dirigirme al hombre á quien tanto he combatido, rogándole que recoja las grandes fuerzas que en el republicanismo hay diseminadas. Sobre mis convicciones, sobre mis deseos están el peligro que la libertad corre, y el anhelo, natural en quien ha pasado la vida defendiendo una idea, de verla triunfante, aun cuando no sea por completo.

Pasan con tal rapidez los años y son tantos ya los que han desfilado ante mí, que el deseo de ver la República establecida espolea mi espíritu con inquietud rabiosa, y pienso con pena en los republicanos que han muerto sin lograr satisfacerlo, y me juro tocar todos los resortes para que no me suceda lo que á ellos.

Sí; quiero morir en República, sea cual fuere; quiero que mi última mirada se pose en el penacho de humo que salga de la chimenea de una fábrica alzada sobre las ruinas de un convento; que el último rumor que llegue á mi oído mezclado con el dulce acento de los que me aman, sea el de la multitud que reclame un nuevo derecho sin temor á que la ametrallen; que el último soplo de aire que entre en mis pulmones venga saturado del aliento del niño que sonríe satisfecho mientras su madre lo contempla sin miedo á que el hambre se lo quite; quiero, en fin, algo que represente equidad, reposo, esperanza, yo que he pasado mi vida entre injusticias, luchas, desencantos...

Y si esto no pudiera ser aún, porque los males intensos no se remedian á tambor batiente, ni las heridas hondas se cierran en tres días, ni los desastres nacionales se arreglan en un año, quiero cuando menos morir con el consuelo de ver que España marcha por el camino que puede conducirla al término deseado.

Y me creería regiamente recompensado por cuanto he hecho, si cinco minutos antes de expirar brotase en mi ya entonces confuso cerebro el consolador pensamiento de que alguien que me hubiese conocido bien, pudiera exclamar al otro día sin temor á ser desmentido:

«Fué un hombre que amó la República más que á sí propio.»

EL MAYOR PELIGRO

No me ocuparé en EL MOTÍN de la guerra con los Estados Unidos. ¿Para qué? EL MOTÍN se cierra los jueves por la tarde, se tira el viernes, se reparte el sábado, y llega á provincias el domingo... ¡Sin telegramas que circulan en ese tiempo á provincias enterando al público de todo!

Llamar á los yankees marranos y canallas, es decir la verdad; mas por lo mismo que lo es, no hay que repetirla; de una vez quedan convencidos los lectores.

Tengo además para esto otra razón. El que tiene un pleito y lo pone en manos de un abogado, deja á éste en libertad completa; y como el honor de España lo hemos puesto en manos de la marina y el ejército, debemos vivir des-cuidados.

¿Que el gobierno falta á su deber? Todos los partidos están representados en el Congreso, y sus representantes tienen el deber de denunciarlo. Si no lo hicieren, entonces sería la ocasión de suplir su falta.

Esta explicación va á parar á lo siguiente: á decir que EL MOTÍN, con preferencia á todo, se dedicará á señalar el verdadero peligro para España, que está, no en la guerra extranjera, que concluirá en plazo más ó meos nbre-

ve, sino en lo que ocurrirá aquí antes ó después.

Y lo que ocurrirá indudablemente, es que los carlistas se levantarán, ayudados por la frailería, para entronizar al canalla que deshonró á muchas mujeres, y maldijo á su hija porque permitió que otro hiciese con ella lo que él había hecho con tantas.

Para cuando este caso llegue, opino que los liberales de todos los matices debemos exterminar (así como suena) á los carlistas, sus cómplices y auxiliares en sus localidades respectivas, incendiando además, y como de propina, sus madrigueras. Y esto en un día ó dos.

Nada de perturbaciones inútiles; cumplida esta hermosa misión, cada cual á sus ocupaciones ordinarias. Y si acaso algún patriota sintiera la necesidad de expansionarse, dirija un telegrama parecido al parte del alcalde aquel que en 1834 decía al gobierno: «La matanza de los frailes continúa en medio del mayor orden.»

Los gobiernos no pueden, desgraciadamente, decretar ciertos actos de justicia, y en cambio tienen el ineludible deber de contener y castigar las perturbaciones de orden público. Pero cuando el pueblo en masa los ejecuta, se ve obligado á aceptar los hechos consumados. Désele pretexto al que exista al echarse al campo la primera partida carlista para presentarse como salvador de la sociedad amenazada, y España se salvará efectivamente. Y mientras más de orden sea, se le hará más favor.

Todo gobierno agradece que el pueblo tome ciertas iniciativas que á él le están vedadas, para poder adoptar resoluciones enérgicas.

Y una vez esparcido á los cuatro vientos el carlismo, fúsele su consideración al liberal que perturbe el orden.

Contra el carlismo está justificado todo: hasta el exterminio en masa. Porque el carlismo es el desorden en todo: en lo moral, en lo político, en lo digno, en lo honrado.

LA IGLESIA POR DENTRO

El dinero clerical

En presencia de una guerra que seguramente nos obligará á buscar recursos, aunque sea en el centro de la tierra, conviene fijar mucho la atención sobre el inmenso cúmulo de riqueza que atesoran nuestros hombres de Iglesia, eternos acaparadores, tacaños, repugnantes y sin entrañas, que llamando á todas horas á la puerta de nuestros bolsillos con pretexto de necesidades religiosas imaginarias, cuando la nación las siente verdaderas, puesta en duros trances no hay quien les saque un céntimo, como no sea á viva fuerza.

A la fuerza, sí. No se puede creer á los apologistas de nuestro alto clero, cuando dicen que siempre ocurrió con su óbolo á las conquistas nacionales, porque si bien es cierto que de sus manos salió mucho dinero en determinadas circunstancias, no fué por la sincera voluntad de los obispos, los superiores de las órdenes monásticas, ó los cabildos, sino por imposición irresistible de los reyes absolutos y de los políticos. Esos mismos apologistas, olvidándose algunas veces de sus afirmaciones y alabanzas, acusan á los reyes y gobernantes de expoliadores, y en prueba, alegan neciamente aquellas imposiciones y confiesan que el clero cedió á ellas mal de su grado.

Estamos hartos de leer en los periódicos ultramontanos estas dos aseveraciones contradictorias: que el clero generosamente contribuye con el once por ciento de su haber á las cargas públicas, y que el clero, ya bastante pobre, ha sido nuevamente grabado con esa inicua exacción que lo esquilda. Esto mismo se lee en los libros y se oye hasta en los templos siempre que se trata de hacer calurosa defensa de la teocracia, deprimiendo al poder laico en las personas de los reyes que pusieron á contribución el tesoro de los magnates eclesiásticos.

Tan sólo han contribuido espontánea y celosamente, obispos, frailes, cabildos y clérigos ricos á un objeto, la guerra carlista. Para ello se ha encontrado recursos en los tesoros de las catedrales, en las alhajas de las más pobres iglesias, en los ahorros de los curas que pasaban por indigentes y en los enormes capitales de las órdenes religiosas.

Ni aún para el Papa, que tanto dinero obtiene de

España, han dado nunca los obispos, canónigos y curas una peseta voluntariamente. Los primeros rivalizan entre sí en arbitrar dinero, porque saben que es medio eficaz de obtener mitras más pingües que las suyas, y el ansiado capelo cardenalicio; los segundos por ser obispos; los demás se dejan saquear de aquellos, tascando el freno y no sin oponer pasiva resistencia ni echar maldiciones á la avaricia de Roma y á su crueldad con el clero español.

Cada vez que un obispo manda á sus párrocos abrir suscripciones para el Papa en sus feligresías, braman de coraje, se resisten si pueden, aplazan, y hasta suelen cumplir poniendo una cantidad pequeña de su bolsillo, como si fuera resultado de la colecta, sin hablar siquiera de ella á los fieles, por no cansarlos con peticiones, casi siempre mal acogidas.

Luego es indudable que el alto clero español, secular y monástico, y una parte del inferior, el rico ó fanático, sólo ha contribuido voluntariamente á una calamidad, la guerra civil, y por fuerza á las verdaderas necesidades nacionales. Muy triste es para nosotros los católicos tener que decir todo esto; pero fuera delito callarlo, porque desgraciadamente es verdad.

Cuentan las historias eclesiásticas que un pretor romano, movido por la avaricia, exigió de San Lorenzo que le mostrara los tesoros de la Iglesia. Había oído decir que eran considerables y con ellos vivía mucha gente cristiana.

El santo accedió gustoso, diciendo al pretor dónde podría enseñarle las codiciadas riquezas; y cuando acudió para verlas y apoderarse de ellas, mostróle un gran número de pobres, de enfermos, viudas y huérfanos, alimentados y asistidos por la caridad cristiana sabiamente dirigida y administrada por el clero.

—Estos son, dijo el futuro mártir, los tesoros de la Iglesia; puedes utilizarlos como quieras.

Este sublime ejemplo de los primeros siglos no se ha repetido en los medios ni en los modernos.

San Agustín, viendo afligido á su pueblo por una calamidad, vendió al punto las alhajas de los templos, que eran muchas y muy ricas; así contribuyó al alivio de grandes penurias populares. Hoy no habría obispo capaz de imitarle en caso parecido, pero riquezas que enagenar sí; las habría en número infinitamente mayor que entonces.

Quando los reyes cristianos, imitando al pretor romano, han requerido al clero español para que se cuestre sus tesoros, no en verdad pobres, enfermos y viudas, sino montones de oro acuñado, de plata en moneda ó en vasos y candelabros riquísimos, piedras preciosas, predios, palacios, enormes tributos, graneros repletos y rentas superiores á las del Estado es lo que se vió precisado á enseñar, no sin ocultar, aún con tanto como ponía de manifiesto, ni sin revolverse airado, ó solicitar humilde, según las circunstancias, para disminuir lo posible la contribución exigida.

Se habla de la misión bienhechora del clero cerca de los poderes públicos y en favor de los pueblos; pero ya puede un tirano esquilmarlos, que el clero no dirá una palabra; mas si el gobernante más humano y piadoso cree necesario tocar al dinero eclesiástico en vista de apremiante escasez, allí son los gritos y las protestas ruidosas.

El gobierno que en la actualidad quisiera repetir la exigencia hecha por el pretor á San Lorenzo ó las requisitorias de los reyes absolutos, no tardaría en hallar iglesias parroquiales, colegiadas y catedrales sucias y medio derribadas, altares polvorientos, seminarios muy mal servidos; pero, detrás de todo eso, obispos cuya cuenta corriente en el Banco de España ó en alguno extranjero, cuyos títulos de la Deuda y propiedades constituyen una gran riqueza; canónigos y párrocos muy adinerados; conventos suntuosos que han costado muchos millones y poseen grandes capitales; tesoros de alhajas preciosísimas, riqueza oculta imponible defraudada al culto, al clero pobre y al pueblo necesitado; dinero de fundaciones no realizadas pero que alguien retiene y explota; capellanías sin capellán ó aglomeradas en un favorito las de cien desposeídos, y en fin, presupuesto de clero cuya tercera parte disfrutan los pequeños y las otras dos un corto número de primates enriquecidos, tacaños, crueles, egoístas, sin fe y sin entrañas, para quienes Dios, los templos, la patria, el clero bajo, el pueblo son cosas á que debe atenderse, pero después que ellos, los primates, queden llenos de riquezas: esto sobre todo y ante todo.

En una palabra; que por cara que fuese la guerra internacional que nos amenaza, el clero español, que tantas civiles ha promovido, podría sufragarla muy fácilmente. Es verdad sobre lo cual insistiremos, aduciendo pruebas como las exhibidas al enumerar, cual lo venimos haciendo, las gangas eclesiásticas.

ESTE CURA

ESPAÑA Y LA IGLESIA

El Papa, que siempre ha llamado á España hija predilecta de la Iglesia, nos acaba de demostrar su cariño con ocasión de la guerra.

Primero nos quiso hacer pasar por la vergüenza del armisticio en favor de los insurrectos cubanos; ahora, rotas las hostilidades, no puede pedir á Dios el triunfo de España sobre la traidora nación que tiene escandalizada á Europa con sus viles procederres; limítase á rogarle que conceda la paz, y el que haya salido con la cabeza rota, que se la componga como pueda.

Ya saben los católicos españoles que se sacrifican por el esplendor del soberano pontífice y le dan sus ahorros ó cuantiosos donativos, lo que puede esperar de la Iglesia su hija predilecta: oraciones, no para el triunfo de nuestras armas, sino para que Dios otorgue la paz, cosa innecesaria, pues la paz ha de venir al fin y al cabo; que la guerra no es el estado normal de las naciones.

Afortunadamente la marina, el ejército y el pueblo de España no necesitan ayuda ajena, ni de la tierra ni del cielo, para volver por su honor; están acostumbrados á luchar solos contra todo el mundo y quedar siempre con honra.

Me alegro de que el Papa no nos haya ofrecido más que oraciones, casi de limosna, para ver si los católicos que son patriotas, acaban de comprender que la teocracia sirve sólo para explotar la credulidad humana, y que se lo lleva todo y nada devuelve.

Maldita la falta que tenemos de oraciones, ni del Papa, ni de frailes, ni de monaguillos; pero bueno es que se sepa que Roma nos halaga cuando podemos darle nuestros tesoros, y nos abandona en el peligro.

¿QUÉ HACE EL ALTO CLERO?

Esta pregunta, natural y legítima en las presentes circunstancias en que todos rivalizan en desprendimiento por la patria, está contestada por lo que *Este cura* dice en *El País*:

«El Papa, que sólo por dispensas se lleva anualmente de España diez millones, y mucho más por donativos, nada ha ofrecido, pero sigue y seguirá llevándose dinero.

El Nuncio, que de sueldo cobra 6.000 duros, que tiene casa gratis y de derechos cerca de 4.000 duros, no ha dicho ni dirá esta bolsa es mía.

Los jesuitas, dueños del tranvía de Estaciones, de la Trasatlántica, de la Sociedad de Ganaderos, de una línea ferroviaria, de muchos colegios productivos y de gran número de fincas; que arruinaron la casa de Pastrana, la de Riva de Deva, y otras muchas; que explotaron la de Bornos y la de Sevillano, como explotan la bodega de Domecq en Jerez; que muy á menudo se lucran con herencias fabulosas, no han ofrecido un céntimo, pero continuarán tomando lo que les den.

Los frailes de Filipinas, poseedores de tantos millones sacados á los españoles, tampoco dan señales de vida. Las Huelgas de Burgos, las Descalzas Reales, las Agustinas de la Encarnación, las Salesas y otras comunidades cuyos administradores y agentes de Bolsa manejan millones y más millones, se han encerrado en el más prudente silencio; se limitan á orar por nosotros sin dejar de recibir donativos.»

Ese es el ejemplo de patriótico desprendimiento que da el clero español, que tantos millones del presupuesto consume al año.

Sépase, porque se acerca el día de arrancar caretas... y caras.

¡BASTA DE FARSA!

El Superior del convento de Santo Domingo de Cádiz ha enviado á la prensa una carta de la que recojo estas líneas:

«La misión del que suscribe, como la de la inmensa mayoría de los españoles en estos momentos, no es la de embarcarse en un acorazado ó *destroyer*; esa honra tiénenla solamente los que visten el glorioso uniforme de la Armada; pero tenemos otra que ayuda poderosamente á la primera.»

¿Se creará que esa misión es la de proporcionar recursos, propios ó de los fieles? Nada de eso.

«Lo que toca á nosotros (continúa) que quedamos á retaguardia de los ejércitos de mar y tierra, es acudir al Señor de los Ejércitos orando en humildad y mortificación, para que se digne darnos la mejor parte. Al valor de nuestros soldados, al óbolo del poderoso, unamos todos nuestras oraciones. A este fin van á hacerse en Santo Domingo, durante la guerra, cultos extraordinarios, para implorar del cielo, por mediación de la Virgen Santísima del Rosario, la vencedora de Lepanto, la victoria de nuestras armas.»

Indigna ya tanta hipocresía, da asco tanta farsa en gentes que han venido á saquear y arruinar á España. Para la guerra es preciso dinero; ellas que lo tienen, y medios de proporcionarse más, deben darlo... Se trata ahora de los cuerpos, no de las almas. ¡Valiente vigor prestarán á nuestros soldados, si no han comido el día anterior, unos latines mascullados á 1.600 leguas de distancia por gentes que regañan ahitas!

Y añade el muy... fraile:

«Somos cristianos, creemos en Dios y en su Providencia adorable, y creemos que nada se mueve ni acontece en el mundo sin que él lo ordene sabiamente.»

En este caso ¿para qué las oraciones? Si Dios ha resuelto ya lo que ha de suceder en la guerra ¿creo ese gandul de cerquillo que va á darse contraorden á sí mismo, porque cuatro imbéciles berreen en los templos? Y si le cuadra que los yankees nos revienten por no desmentir al que dijo:

que Dios ayuda á los malos cuando son más que los buenos,

ya pueden soltarle los fieles oraciones: por un oído le entrarán y por otro le saldrán, si es que, contra lo que el refrán dice, los rebuznos de los borricos llegan ya al cielo. Y si ha decidido que zurremos á los yankees, huelgan también por completo las oraciones, y los que tratan de perder el tiempo perpetrándolas, podían aprovecharlo en hacer hilas para los soldados que están destinados á salir heridos en la contienda.

Lo que debería hacer el Superior de ese convento, como los de todos, es pasar al gobierno relación de los yankees españoles que en ellos se han albergado huyendo de las quintas, á fin de que los mandase á Cuba al instante. Y si una vez frente al enemigo creyeran que con oraciones podían vencerlos y se arrodillaran y les disparasen un padrenuestro por minuto, no sería yo el que por ello los censurara. Hagan la prueba y se convencerán.

Pero hasta tanto, no insulten el dolor de las madres españolas, muchas de las cuales han perdido y perderán sus hijos por haberse refugiado en las pocilgas conventuales los que deberían estar batiéndose en la manigua ó á bordo de un buque.

¡Basta de farsas, profanas ó religiosas, ante las desventuras de la patria!

VUELTA Á LO MISMO

Cada vez lo entiendo menos.

Un día nos dice el señor Pí en *La Federación*, hablando del ejército que pelea en Cuba por el honor nacional: «¿Por quien se batan? Por nada, por la patria; un nombre tan sonoro como vacío».

Y á los pocos días otro señor Pí, hijo del anterior, nos dice en *La Autonomía*: «A un lado los patriotas de impresión; al otro los verdaderos patriotas».

¿En qué quedamos? Eso de la patria ¿es algo, ó no es nada? Por que si no es nada, como afirma Pí padre, huelga esa división en patriotas de verdad y de impresión; y si es algo, como da á entender Pí hijo, él mismo califica aquella tontería de nombre tan sonoro como vacío.

Esperemos que venga por ahí algun Pí espíritu santo, á ver si pone de acuerdo al hijo con el padre. Entretanto dejémosles con sus infundios, pues no parece sino que esa es una

raza destinada á volvernos locos á los españoles. Les parece poco lo del pacto, y quieren repetir ahora la suerte con el concepto de patria.

Afortunadamente eso no será, porque no puede ser. Al cabo de 25 años no tendríamos perdón si no hubiésemos caído ya en la cuenta de lo que significan todas esas logomaquias con que se ha venido entreteniéndolo la ansiedad legítima de republicanos y federales.

Por hoy no quiero decir más; creo que de estas cosas sólo puede tratarse cuando no hay de qué hablar, y ahora tenemos otras y muy interesantes en que invertir el tiempo con más provecho.

Sin perjuicio de volver á la carga en su día.

UN FEDERAL.

ABUSOS CLERICALES

No le faltaba al asendereado obispo de Madrid más que los seminaristas se le subieran á las barbas, y ya le ha sucedido. Y en este caso, como en todos, la razón está de parte de los que se ponen frente al obispo.

El motivo de la actitud de queja adoptado por los seminaristas, es la intrusión de curas en la diócesis de Madrid, refugio por lo visto de todos los clérigos que andan á cachetes con su deber ó que quieren estar cerca de la cabra para lo que el refrán dice.

Desde que Cos y Macho es obispo aquí ha sido invadida la corte por una legión de curas que, dejando sus parroquias completamente abandonadas, campan por sus respetos, gracias al desbarajuste y la confusión introducida en los asuntos eclesiásticos, bullen en los círculos carlistas, se ingieren en las cofradías y en las parroquias, asaltan el púlpito y el confesonario y viven en grande.

Ellos viven y además ayudan á vivir á otros que, como los párrocos ó los rectores, pueden explotar la necesidad en los unos, la vanidad en los otros, y la holgazanería de muchos de estos miembros de la golfería clerical, que contravinendo los cánones y la disciplina, sirven de coadjutores, de colectores y de instrumentos para acaparar las misas, por aquello de «á río revuelto ganancia de pescadores». Y como revuelto, no hay nada que esté á la altura de este obispado que le tocó á Cos en suerte.

No hay iglesia en Madrid que no esté materialmente invadida por ese ejército de intrusos contra los cuales protestan los seminaristas y que van á ser motivo de graves disturbios entre la gente de sotana de por acá. Me dispongo á presenciar el espectáculo edificante que se anuncia para muy pronto. De vez en cuando no viene mal alguna distracción que nos haga olvidar las tristezas de estos tiempos, y la que se prepara promete ser tan variada como amena.

DE ULTRAMAR

Cada vez que llegan á EL MOTIN los periódicos de Lima, es cosa de echarse á temblar, porque se empieza por la primera columna á leer hazañas sotanescas y no se acaba hasta el pie de imprenta.

¡Qué curas los del Perú! Valen un ídem.

Hay allí un fraile, Vidal, que no sube al púlpito mas que para predicar la rebelión contra el gobierno y el asesinato del Presidente de la República.

El secretario del arzobispo de Quito, canónigo y todo, fué hace poco demandado ante los tribunales por una india de 15 años. La causa... la adivinarán fácilmente los lectores.

Un periódico de Lima habla de un cura simoníaco, ebrio, jaranista... vamos, un padre de libras.

Este es otro distinto del cura de Ilabaya, en cuyo domicilio se armó no hace mucho una fiesta monumental en la que el páter, con la sotana remangada, se descoyuntó á bailar con su ama. El motivo fué el bautizo de un rorro de ésta, que ella misma tuvo en la pila bautismal,

haciendo de madrina ó de *marraine*, que diría con razón un francés.

Cuando el cura se enteró de que los periódicos habían hablado de aquella juerga místico-flamenca, tomó un berrinche fenomenal, pero que no tuvo comparación con la jumera que se propinó á renglón seguido, sin dudá para consolarle de las bromas de los impíos.

¿Pues dónde dejamos á otro cura del mismo pueblo, un tal Baluarte, que tuvo que comparecer ante el juzgado por pedir una cantidad increíble por un bautizo? Pero como si no: ni hizo caso del juez, ni del arancel, ni de nada, y al ver que se quedaba sin los cuartos, salió jurando como un carretero y echándole al contrario esta maldición: «En Marzo entrará el río y se llevará toda su hacienda; y su hija que está preñada reventará antes de parir.»

Pues en Jauja, (claro, en Jauja había de ser) están mejor que quieren. Tienen allí un tal Vivanco, que con él sólo les sobra para ganar el cielo... á fuerza de paciencia. Entre otras hazañas, realiza la de no dejar vivir en paz á una hermana suya, á quien mortifica y atormenta por todos los medios, porque no quiere cederle la parte que le corresponde en una herencia.

Para concluir por hoy con la gente eclesiástica del Perú:

La cárcel correccional de mujeres de Lima está á cargo de las beatas de rigor. Pues bien, el día de visita no dejan entrar allí á Cristo padre, si antes no dan una limosna para un San José que una de las referidas madres saca á la puerta, muy adornadito.

Nada, está visto; allí, como en todas partes, la religión y la piedad se reducen á sacar los cuartos y divertirse á costa de los inocentes.

¡Si habrá cantidad de éstos!

COSILLAS

Me asalta una duda y voy á exponerla por si alguien la puede resolver.

Estamos en guerra con los Estados Unidos. Hay allí unos cuantos millones de católicos, que son ciudadanos de aquella manada.

Como es natural, los católicos de aquí, de arzobispo abajo, piden á Dios el triunfo de las armas españolas. ¿Qué harán los católicos yankees? Si ruegan por la victoria de sus compatriotas ponen en un verdadero compromiso al Padre Eterno, y no pueden pedir en favor nuestro sin cometer un delito de lesa patriotismo.

Y no vale callar; porque si no piden por unos ni por otros, ponen de manifiesto su poca confianza en la intervención del cielo, ó se exponen á que allí se considere la religión como enemiga del amor patrio.

¿Qué obispo de Sión me resuelve esta dificultad?

Un sacristán, á la vez organista de Brenot, pueblo de Cataluña, se ha sentido tan patriota, que al celebrarse la misa mayor uno de estos días y estando el templo lleno de fieles, enarboló la bandera nacional y tocó la marcha de *Oádiz* en el órgano, lo que motivó una pequeña algarada, y que las gentes creyeran que el mencionado organista había perdido la razón.

¿Qué idea tendrán los mismos católicos del patriotismo de los curas, cuando consideran loco al que lo demuestra?

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Entró inadvertidamente el niño en la iglesia de Lorca con la gorra puesta, y ¡paf! ¡paf! le puso el cura la cara como un tomate.

Protestaron los fieles de la salvajada, el presbítero se insolentó, y se armó la gran bronca, llevando el de las faldas la peor parte.

Para probarles que se había arrepentido, arremetió contra otro niño dándole de palos y bofetadas con alguna coza de propina, y gruñendo de tan propia manera que parecía un perfecto yankee.

Lamento de todas veras que los vecinos no causasen al furioso coronilla algún desperfecto de mayor

cuantía, para que hubiese aprendido á no hacer con otro lo que no le hubiese gustado que le hicieran.

En Cuevas (Almería) hay mucho beato y un convento de dominicos donde manejan el sable mejor que en una sala de armas.

Hace pocos días presentóse en la madriguera conventual un viajante con objetos religiosos; el director los examinó y después le dijo: «ciérreme usted los cofres y vuelva á tal hora; y como si yo no los hubiese visto, ábralos delante de la persona que conmigo esté.»

Al volver el viajante encontróse allí al primo, (el conde no sé cuántos); y al ir á abrir los cofres diciendo al director que le dispensara por no haber llevado antes las llaves, el ladino del fraile respondióle con refinada hipocresía: «señor comisionista: ruego á usted que no abra en este momento, por grandes que sean los deseos de este señor de ver lo que contienen sus cofres; ha dado tantas pruebas de su prodigalidad con nosotros, que no queremos abusar de ella. Además, nada necesitamos de los efectos que usted ha dicho que trae.»

Estas palabras bastaron para que el infeliz *primavera* se empeñase en ver lo que había encerrado; abriéronse los cofres; el fraile elogiaba todo, pero no quería recibir nada. «Esto es magnífico» «esto daría esplendor al culto», «esto lo adquiriremos cuando nuestros pobres recursos lo permitan»... Así hablaba el redomado Padre, y...

Resultado: 2.000 pesetas empleadas en objetos sagrados por el infeliz beato, quien se los regaló al convento... contra la voluntad expresa del prior.

¿Que cómo se llama esto en el lenguaje profano? Creo que timo. En el religioso quizás se llame trabajar por la causa de Dios.

Los estudiantes de la Universidad jesuita de Deusto, que por lo visto no están todavía en el secreto de los planes de la Compañía, intentaron unirse á la manifestación patriótica contra los Estados Unidos.

El rector les negó el permiso, provocando con su intransigencia yankee un motín, del que resultaron rotos varios cristales y la cabeza de uno de los jesuitas.

Ahora se irán convenciendo los españoles de lo que un día y otro viene diciendo EL MOTIN: que los jesuitas son los mayores enemigos de España.

A tratarlos como á tales, es decir, como á yankees, y que se vayan á aquella tierra de marranos á hacer la guerra á España.

«Buscad la mujer, decía un famoso juez siempre que llegaba á sus oídos la noticia de cualquier desgracia. Los vecinos de Burjasot (Valencia) lo parodian diciendo siempre que ocurre en el pueblo alguna avería: «Aquí anda la mano del cura».

Porque efectivamente tienen un presbítero, que es una maravilla para meterse en todo, enredarlo todo y dar al vecindario disgustos y desazones.

Es tal, que temen que á lo mejor se equivoque y por decirle al monaguillo que coja la cruz para llevarla á algún acto del culto, le diga: «Chico, coge ese trabuco.»

No hay que decir lo que es: un carlistón que lo mismo le hace gastar al Ayuntamiento miles de pesetas en pleitos, que arma una marimorena, ya para llevarse al cementerio católico los cadáveres enterrados en el civil, ya para negar sepultura eclesiástica á los que se le antoja.

En su tarea le ayuda un correligionario, revestido de autoridad como juez, y esto ya es harina de otro costal; harina, que supongo que sabrá cernerlos debidamente en el Congreso el diputado republicano por aquel distrito, Vicente Blasco Ibáñez.

A ver si entra ese cura en cintura. Aunque lo mejor sería que saliera del pueblo, acompañado, por supuesto, de su amigo y auxiliar, para que el público dijera al verlos: ¡vaya un par de peines!

¡AY DE BILBAO!

Por si no me fuere posible agrandar EL MOTIN tan pronto como deseo, comienzo desde este número á publicar algo de lo que me han enviado, y que por falta de espacio demoraba su inserción.

Lo que sigue, es de un antiguo é ilustrado amigo:

«No soy político; ¡jamás! mi querido Pepe Nakens; soy lo que soy (anticlerical) de verdad, con toda mi inteligencia, que no es turbia, (ni yo modesto) con todo mi corazón, y con toda mi voluntad. No soy político, pero creo que cuando quieren realizar un progreso, valen más los monárquicos y son más valientes que los republicanos; por más que resulten iguales todos como chusma política.

Los republicanos ladran y barbarizan, pero no muerden nunca; ni secularizaron los cementerios, ni hablaron una palabra de la separación de la Iglesia y el Estado, ni pensaron siquiera en la instrucción obligatoria, ni en el catastro sin el cual se roban tres mil millones de reales al presupuesto de ingresos de la tributación oculta, ni expulsaron á los jesuitas, ni hicieron láica la instrucción, (la instrucción pública,) ni echaron á los frailes de Filipinas creando un gran ejército colonial, ni crearon un ministerio de instrucción pública, ni declararon al maestro de escuela el primer empleado de la nación, ni imitaron á Mendizábal ni á ningún liberal de punta, ni hicieron más que charlar pedantesca y groseramente, y votar ¡ah atunes! ¡ah jesuitas! una ley de asociación villana que ha poblado á España de los conventos que no trajeron Narvaez, ni González Bravo, ni Moyano, ni O'donnell. ¡Ya quisieran los Salmerones, Castelar, Píes, ser dignos de besar los zapatos de Carlos III!

Si los liberales en general no hubieran sido brutos y se hubieran servido como instrumento del clero parroquial, él hubiera sido el mejor ariete contra la *ola negra*, contra esa pilería de carcas, frailes y jesuitas, éstos sobre todo, ignorantes como matas de habas, haciendo correr entre las beatas á quienes han conquistado que son pozos de ciencia; dueños de los niños en los colegios, donde los *asesinan* moralmente, dejándoles enana la inteligencia con el desarrollo brutal de la memoria; manteniendo toda clase de embrutecimientos, predicando el odio al teatro y echando en uno de Barcelona bombas cargadas de dinamita; teniendo en Azpeitia (como en la pasada guerra en Vitoria el obispado) el Estado Mayor general del carlismo, siendo el P. Martín el jefe y don Carlos el Dios; con armas ocultas en Somorrostro que descargan los vapores de una empresa jesuítica; alabándose públicamente de tener por primer jefe de los carlistas vizcainos á un abogado cojo, don Román Zubiaga, y de segundo al cura don José Uriola, de las monjas de Santa Clara, las dos de Guernica. Con esto y con la situación de los conventos que lo dominan ¡ay de Bilbao!

Cura de Port-Bou: Debo advertirle que el correspondiente de EL MOTIN en esa población es una persona digna que se gana honradamente la vida con un tráfico lícito.

No te lo digo para que por espíritu de justicia le dejes en paz; ya sé que vosotros no entendéis de estas cosas: te lo digo para hacerte saber que al hablar de él en el púlpito diciendo que su casa es centro de perversiones, caes de patas (de las cuatro) en el Código penal.

¿Te has enterado? Pues á la segunda vez se hilará de otro modo.

El obispo de Tenerife ha ofrecido para alojamiento de las tropas las ermitas, las iglesias y la catedral.

Ahora sólo falta que vendan para alimentarlos las alhajas que contengan, y habrá cumplido su deber como hombre y como cristiano.

Y lo aplaudiremos todos.

LA RELIGION AL

ALCANCE DE TODOS

POR
R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.
Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR
MALVERT

con 85 grabados en el texto.
Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.